

OVERWATCH®

AQUELLO QUE DEJASTE ATRÁS



UN RELATO CORTO ESCRITO POR ALYSSA WONG

AQUELLO QUE DEJASTE ATRÁS



UN RELATO CORTO
ALYSSA WONG

ILUSTRACIONES
ARNOLD TSANG

MODELO DE BAPTISTE MÉDICO
NATHAN BROCK

MODELO ORIGINAL DE BAPTISTE
HONG-CHAN LIM

CONCEPTO ORIGINAL DE BAPTISTE
BEN ZHANG

COMPOSICIÓN Y DISEÑO
BENJAMIN SCANLON

LOCALIZACIÓN TRADUCCIÓN
ROUNDTABLE STUDIO





AQUELLO QUE DEJASTE ATRÁS

—Respire hondo, señora —indicó Baptiste. La señora Thebeau, una mujer astuta de unos setenta años, estaba sentada en la camilla con los pies colgando hacia un costado. Baptiste escuchó la respiración de la mujer con el estetoscopio apoyado sobre la espalda—. Muy bien, ya está.

—¿Encontraste algo interesante, muchacho? —le preguntó mientras se estiraba. Al encontrar su mirada, le guiñó el ojo.

—Nada fuera de lo común. Todo parece estar en orden. —Baptiste guardó el estetoscopio y le ofreció la mano para ayudarla a bajarse de la camilla. Hoy estaba vestido para trabajar en la clínica, con un uniforme hospitalario blanco—. En una semana o dos recibirá los análisis del laboratorio. La doctora Mondésir la llamará cuando hayan llegado. ¿Dónde prefiere que llamemos a su sobrino para avisarle?

—Tengo teléfono celular propio. La doctora puede comunicarse conmigo directamente. —Al estirarse, las coloridas pulseras de la señora Thebeau tintinearón en sus muñecas. Tomó la mano de Baptiste y bajó lentamente de la camilla hasta hacer pie en el piso de linóleo—. Tú también puedes si así lo deseas. Lo único que necesitaría es tu número.

Baptiste la acompañó a la salida del consultorio hasta llegar al pasillo.

—Por desgracia, pronto dejaré la ciudad, así que no podré hacer el seguimiento de su tratamiento. Pero no se preocupe, estoy seguro de que la doctora Mondésir hará un gran trabajo.

Baptiste la llevó con el recepcionista, quien lucía sobrepasado de tareas, y regresó al pasillo.

La pequeña clínica estaba colapsada. Los consultorios habían estado ocupados todo el día con filas de pacientes que parecían interminables. Si bien ya había caído el sol, todavía quedaban muchas personas sentadas en sillas de plástico en la sala de espera. Las paredes estaban pintadas de un amarillo alegre y el aire acondicionado zumbaba ruidosamente de fondo.

De pronto, la doctora Mondésir salió del segundo consultorio, como un pilar de tranquilidad en medio de una tormenta. Sostenía un portapapeles en la mano. Con su pelo trenzado atado en un rodete, lo miró a través de los anteojos.

—¿Cómo te fue con la señora Thebeau?

Baptiste se apoyó contra la pared.

—Parece estar sana. La presión sanguínea está en los parámetros normales, los pulmones no presentan irregularidades y los reflejos dan todos positivos. Dejé todo asentado en su historia clínica.

—¿Te pidió tu número de teléfono?

Baptiste suspiró.

—Sí —confesó.

La doctora Mondésir sonrió y se colocó el portapapeles bajo el brazo.

—Lo sabía. ¿Y qué le dijiste?

—Le dije la verdad: que voy a quedarme pocos días en la ciudad y que tú te encargarías de controlar su tratamiento. —Baptiste echó un vistazo a la sala de espera. La señora Thebeau estaba sentada serenamente en una silla. Se entretenía con un juego en su teléfono celular mientras esperaba que su sobrino la viniera a buscar. Había un grupo de adolescentes sentados frente a ella. Ellos también estaban concentrados en sus teléfonos. Por un momento, Baptiste se preguntó si estaban jugando todos en equipo.

—Sí, pero yo no tengo tus músculos, Jean-Baptiste —bromeó la doctora Mondésir dándole una palmada en el bíceps. Por un momento, la doctora esbozó una pequeña sonrisa. Luego, se dirigió al mostrador de la recepción, dejando tras de sí una estela blanca de la bata.

—Qué pena que tengas que irte el viernes. Hace años que no te quedas tanto tiempo.

Habían crecido juntos en un orfanato ubicado en las afueras de Port-de-Paix. Gracias a sus buenas notas, ella pudo asistir a la facultad de medicina; mientras que Baptiste prestó servicio en la Caribbean Coalition. Desde niños su sueño compartido era construir una clínica para la gente del vecindario. De hecho, Baptiste había separado una parte de sus ahorros para convertir ese sueño en realidad. Incluso en la actualidad, Baptiste enviaba dinero a su hogar siempre que podía.

—Ya sabes que no puedo quedarme mucho tiempo en el mismo lugar —se lamentó Baptiste. “No con Talon persiguiéndome”, fue lo que no pudo decir, aunque su rostro lo delataba. La acompañó a la estantería detrás del mostrador de la recepción. Allí se encontraban guardados los registros de la clínica. La doctora Mondésir todavía creía en la necesidad de tener todo disponible en papel, aun cuando contaba con un sistema digital. En ese sentido, la doctora era de la vieja escuela.

—¿Necesitas que te ayude con eso? —le preguntó Baptiste mientras veía cómo la doctora se ponía en puntas de pie para alcanzar algo en el estante de arriba de todo.

—Tranquilo, galán —le respondió mientras tomaba una carpeta roja. En el lomo se veía un año escrito con marcador negro.

—Mis músculos están a tu servicio —bromeó Baptiste. Mientras hablaba, Baptiste notó que la doctora examinaba la carpeta con el ceño fruncido—. ¿Ocurre algo?

La doctora Mondésir echó un vistazo a la sala de espera repleta de gente y bajó la voz. —¿Podrías hacerme el favor de revisar el armario de suministros?

Baptiste miró el papel. Era una lista de inventario. Más temprano había revisado los suministros y no le había gustado lo que había encontrado. Tachos de plástico con unas pocas botellas, cajas de muestras vencidas. Demasiados estantes vacíos.

—Por supuesto. ¿Qué necesitas? —le preguntó.

—Necesito más de todo —le confesó en voz baja y cerró la carpeta de golpe. La devolvió al estante y comenzó a inspeccionar las demás que se encontraban al costado—. Aunque lo que realmente necesito ahora es un inventario actual. Si no es mucha molestia...

Baptiste le apoyó la mano en el hombro.

—Roseline, ¿qué ocurre? —preguntó en voz baja—. ¿La clínica se está quedando sin dinero?

—Son tiempos difíciles, pero el verdadero problema es que Sainclair Pharmaceuticals no deja de subir los precios. Antes, apenas podíamos pagar los medicamentos. Ahora, es prácticamente imposible —dijo Roseline. Se masajó el ceño, el cual parecía que nunca dejaría de estar fruncido—. Es un horror. Hemos atendido a pacientes que llegaron con complicaciones por haber tomado medicamentos falsificados. ¿Quién sabe qué contienen? Pero si te ves obligado a elegir entre sufrir por falta de medicamentos o correr el riesgo de tomar algo que podría ayudarte...

—Eso no es elegir —sentenció Baptiste. Echó un vistazo a la sala de espera, a todos los que aguardaban su turno para ser atendidos. No poder ayudar a las personas que quieres es un sentimiento agonizante. Había conocido ese dolor hacía mucho tiempo—. ¿Hay alguna forma de que pueda ayudarte?

La doctora Mondésir sonrió. Se la notaba muy cansada.

—Salvo que tengas una varita mágica, lo dudo. Los hombres como Vernand Sainclair simplemente no cambian. Ni siquiera cuando el bienestar de su propia gente está en juego.

—Si Overwatch aún existiera, lo expulsaría de la ciudad —dijo el recepcionista entre dientes. Era un muchacho joven, apenas mayor que un adolescente, y lucía casi tan exhausto como la doctora Mondésir. Baptiste se preguntó cuánto tiempo llevaba la clínica resistiendo contra viento y marea.

—Como te decía, necesitamos una varita mágica —reiteró la doctora Mondésir con amargura.

Una adolescente que estaba apoyada contra la pared se enderezó.

—Oí que Overwatch está de vuelta —reveló. Hasta sus amigos le dirigieron la vista. En su ausencia, habían crecido rapidísimo. Todavía recordaba haberlos visto correr por el vecindario a la salida de la primaria la última vez que había estado de visita. Hace cuatro años, justo antes de irse de Talon.

Baptiste se apoyó sobre el mostrador.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde escuchaste eso, Esther?

Esther se encogió de hombros y volvió a mirar su teléfono.

—Anda dando vueltas por la red. Solo tienes que saber dónde buscar.

—No deberías creer todo lo que lees en Internet —dijo Baptiste con una sonrisa relajada. Sin embargo, él entendía a qué se refería la chica. Él también había soñado con Overwatch cuando era adolescente. Había creído en los héroes de armadura brillante, como los que aparecían en la televisión y en los afiches de reclutamiento. Aquellos héroes que guardaban la paz y protegían a la gente en todas partes del mundo.

Durante un tiempo, él quiso ser así también. Por ese motivo, se unió a la Caribbean Coalition y se convirtió en médico. Así y todo, Overwatch nunca había visitado Haití y, para el momento en que la organización se disolvió, Baptiste ya había abandonado esos sueños. Había muchas formas de ayudar a la gente y no todas eran tan sencillas como tener tu rostro en un afiche.

—Esther, parece que es tu turno. Vayamos al consultorio A —dijo Baptiste. Esther se puso de pie y quitó el polvo acumulado en sus pantalones cortos. En la correa de su bolso había un símbolo de Overwatch dibujado con marcador indeleble. Al descubrir que Baptiste lo estaba mirando, lo ocultó con la mano y alejó la vista.





Para cuando Baptiste salió de la clínica, ya había caído la noche. Había insistido en quedarse hasta haber atendido a todos los pacientes.

—Me estás haciendo quedar mal —remarcó irónicamente la doctora Mondésir, como si ella nunca se hubiese quedado trabajando hasta el amanecer—. Me alegra que alguien pueda darme una mano.

Allí, Baptiste se sentía pleno: trabajando arduamente, ayudando a la gente del vecindario. Mientras caminaba por la calle, recordó cuánto extrañaba estar en casa. El alegre sonido de las chicharras al batir sus alas, el pesado pero familiar aire de verano, el delicioso aroma a cerdo griot que emanaba de los puestos de comida en las esquinas. Extrañaba todo eso. Desde que se marchó de Haití (y de Talon), Baptiste estuvo vagando por el mundo. Nunca se quedaba mucho tiempo en el mismo lugar. Así y todo, siempre encontraba la forma de volver a Port-de-Paix.

Hace años que no te quedas tanto tiempo.

A veces, soñaba con quedarse. Sin embargo, sabía que era peligroso, tanto para él como para los demás, como Roseline y la señora Thebeau. Cuanto más tiempo permaneciera en un lugar, más fácil resultaría rastrearlo. Y si Talon lograba encontrarlo, no dudaría ni un segundo en causar daño colateral.

—No tiene sentido desperdiciar el tiempo que me queda —reflexionó en voz alta mientras miraba las estrellas. El cielo se extendía como un gran manto sobre los edificios de paredes blanquecinas y la luna, casi llena, brillaba intensamente—. Sobre todo, en una noche tan hermosa.

Baptiste se dirigió a su bar favorito, un lugar llamado Lefort's. Era un punto de encuentro popular, cuyo dueño, el señor Lefort, conocía a Baptiste desde que era pequeño. Era un hombre alegre y amistoso que, en los calurosos días de verano, solía darles jugo de papaya a Baptiste y a Roseline. Lefort's era un lugar adonde la gente iba para relajarse.

Pero hoy algo andaba mal. A pesar de la hora, Lefort's estaba prácticamente vacío. Había solo dos personas sentadas en la barra. La primera era un hombre gigante de hombros anchos cubierto de tatuajes. Estaba vestido como un turista, con una camisa tropical ridícula y anteojos de sol; tenía el cabello oscuro con un mechón blanco que le recorría como un relámpago.

—¿Cómo dices que le llaman a esto? —le preguntó al señor Lefort, quien se encontraba arrinconado detrás del mostrador. Sostenía un trago de colores brillantes adornado con una orquídea, el cual lucía diminuto en su enorme mano. La última vez que Baptiste había visto esas manos, acababan de romperle el cuello a un hombre que llevaba armadura de combate—. Es delicioso. En serio, no estoy bromeando. Es un manjar. Nguyen, ¿qué opinas?

La otra persona que estaba en el bar era un vietnamita delgado, vestido de traje, quien no tardó en mirar de reojo a Baptiste. Frente a él, había un sombrero panamá apoyado sobre la barra.

—Ya era hora —dijo en voz baja. Baptiste reconocía esa voz de los informes de misión. Era una voz fría y tajante—. Será mejor que esto valga la pena, Mauga.

El gigante se dio vuelta. Cuando vio a Baptiste, esbozó una sonrisa de lado a lado.

—Oye, amigo —saludó mientras a Baptiste se le erizaba el pelo de la nuca—. ¿Acaso pensaste que podrías escaparte de nosotros toda la vida?



Cuatro años atrás:

Llegaron a Monte Cristi al amanecer. La nave descendió sobre la playa, mientras las aspas cortaban el aire. Adentro, Baptiste se encontraba sentado junto al resto del escuadrón con su rifle sobre las piernas. El movimiento mecía a todos de un lado al otro y el ruido de la nave se confundía con el de su propio latido.

—Ya pueden aterrizar —indicó Nguyen. La voz del analista, fría como el hielo, retumbó en el auricular de Baptiste.

—Oye, amigo. ¿Acaso estás pensando en cosas raras? —Mauga chocó el hombro de Baptiste y sonrió. Cuando se acercó, la gigantesca armadura que le cubría el torso crujió. En el pecho llevaba la insignia de Talon, la cual resaltaba en un rojo brillante—. Estoy seguro de que no son aptas para compartir entre gente refinada. Por suerte, aquí no tienes ese problema. ¿Qué te anda dando vueltas por la cabeza?

A Baptiste se le dibujó una sonrisa pícaro.

—A diferencia tuya, cosas inteligentes.

Mauga se rió.

—No te hagas el cerebritito. Aquí no hay más que alta literatura —respondió tocándose la sien.

A Mauga le gustaba hacer el papel de gigante bruto y tonto. Sin embargo, era astuto y peligroso, atributos que Baptiste apreciaba. Se conocieron durante sus primeros días en Talon. Allí, Baptiste no tardó en notar su presencia. A decir verdad, resultaba difícil no hacerlo. Después de todo, Mauga sobresalía muchísimo entre los demás reclutas gracias a su altura. Hablaba fuerte y sin parar e inundaba el lugar con su personalidad. Tenía una forma de tratar a los extraños que lo hacía parecer amigo de todo el mundo.

Y Mauga también había notado la presencia de Baptiste. Lo había atraído a su círculo íntimo, bajo su tutela.

—Siento que tú me entiendes, Baptiste —le había confesado Mauga—. Quédate a mi lado y llegaremos juntas hasta la cima. Ese plan le había gustado a Baptiste y, desde entonces, jamás se separaron. Ahora que estaban juntos en el campo de batalla, protegiéndose entre sí, se sentían imparables.

—¡Atención! —exclamó el capitán Cuerva, el oficial al mando. Caminaba de un lado al otro en el angosto pasillo entre las filas de tropas—. El Cartel de Playa ha avanzado sobre nuestro territorio. Nuestra misión es encontrar y eliminar a su líder, Daniel Fernández. Inteligencia ha localizado su refugio; el plan es entrar, secuestrarlo y marcharnos. ¿Entendido?

—¡Entendido! —exclamó Baptiste junto con el resto del escuadrón.

A medida que se acercaban a Monti Cristi, Baptiste fue invadido por un sentimiento de preocupación. Los demás estaban de buen humor, listos y enfocados para entrar en acción en cuanto pisaran tierra firme. Así y todo, las risas se perdían en una atmósfera de superficialidad.

O quizás no era más que su imaginación. Las últimas misiones habían sido difíciles. Algunas incluso habían involucrado a civiles. Eso le preocupaba mucho a Baptiste. Se había unido a Talon porque no tenía adónde ir. Después de esas últimas misiones, había contemplado la idea de irse.

A pesar de ello, conocía muy bien las consecuencias. La única forma de irse de Talon era en un ataúd.

La nave de transporte aterrizó en la arena de forma brusca. Baptiste se sacudió en el asiento, pero sostuvo firme su arma. El impacto lo lanzó contra el cuerpo macizo de Mauga.

—Despejado —crujió la voz de Nguyen a través del auricular—. En marcha.

Las puertas se abrieron y el capitán Cuerva se dirigió hacia la playa. Más adelante se encontraba un pequeño pueblo pesquera, oculto entre el silencio y la oscuridad de la noche. No se veían luces encendidas a través de las ventanas.

—¡Avancemos!

Baptiste se puso de pie y Mauga lo acompañó.

—Sea lo que fuera que te está preocupando, no permitas que te domine. Ve, haz lo tuyo y recibe tu paga —le aconsejó Mauga en un tono de voz que solo Baptiste alcanzó a escuchar. Alzó sus dos ametralladoras, cada una del tamaño de una persona adulta, como si fuesen juguetes. Los tanques refrigerantes ubicados en su espalda brillaban con una luz tenue. Levantó la voz para que todos en la nave lo escucharan.

—Y bien, ¿quién está listo para divertirse?



—Déjame invitarte un trago —dijo Mauga. Se sentó a la derecha de Baptiste frente a la barra y lo desplazó con su presencia. Nguyen se sentó del otro lado y comenzó a observarlo con ojos fríos e inexpresivos—. Oye, ¿no quieres uno de estos? Son riquísimos.

—¿Qué están haciendo aquí? —preguntó Baptiste. Desde donde estaba, alcanzaba a contar las salidas del bar: las ventanas a lo largo de las paredes; la salida trasera por la cocina; la puerta delantera; todas parecían estar a una eternidad de distancia.

—Bueno, como puedes ver, estoy disfrutando del sol y la brisa fresca del mar —respondió Mauga señalándose la camisa. Tenía un estampado de loros horribles con repugnantes ojos amarillos—. Me recuerda a mi hogar. El cuartel de Talon es deprimente. Por eso me gusta salir de Roma de vez en cuando.

—Casi nunca estás en el cuartel —acotó Nguyen de manera cortante—. y no hemos venido hasta aquí para hacer turismo o sociales.

Mauga se encogió de hombros.

—Estoy tratando de sacarle provecho a nuestro viaje de trabajo. ¿Ves lo que tengo que soportar, Baptiste? Le regalé un sombrero y ni siquiera se digna a ponérselo.

Nguyen miró el sombrero panamá que estaba sobre la barra como si se tratara de la cosa más repulsiva que hubiera visto en su vida. Tenía una quemadura de sol que formaba una franja rosada a lo largo de su nariz.

Mauga apoyó su enorme brazo sobre el hombro de Baptiste y lo dejó sin aire.

—Como sea, justo da la casualidad de que estamos aquí por un trabajo y se nos ocurrió visitar a alguien que no vemos hace años. ¡Tú, Baptiste! Pensamos que quizás te gustaría compartir unos tragos con nosotros para recordar los viejos tiempos.

Cuando se trataba de Mauga o Nguyen, no había lugar para las coincidencias. Baptiste había pasado los últimos cuatro años evadiendo a Talon. Si hubieran querido encontrarlo, habrían tenido que esforzarse. No había duda de que Mauga estaba detrás de todo esto.

—Ve al grano —exigió Baptiste.

Mauga se acercó a la barra, tomó una botella de ron y varios vasos. El señor Lefort se había escapado a la parte trasera. Hizo bien en irse.

—No seas tan antipático. No te veo desde Monte Cristi —le recordó a Baptiste mirándolo con ojos llenos de fuego.

Monte Cristi. Los gritos, el humo, las casas en llamas. Correr, dolor en los pulmones, saber que tenía que escapar.

—Sí, ha pasado tiempo —admitió Baptiste mientras apoyaba los codos sobre la barra. Su corazón latía como un martillo.

—Pasaron cuatro años y no me escribiste ni una carta. Me rompiste el corazón, amigo. Ya sabes que soy un tipo sensible. —Se golpeó el pecho con tanta fuerza que hizo que Baptiste se estremeciera—. ¿Qué estuviste haciendo todo este tiempo? ¿Rompiendo corazones? ¿Viajando por el mundo? Espera, no me lo digas. Tendremos tiempo de sobra para ponernos al día en el camino de vuelta al cuartel de Talon.

—No voy a ir con ustedes —aclaró Baptiste.

—Eso no fue un pedido —dijo Nguyen. Su voz cortó el aire como un cuchillo.

Mauga suspiró.

—Encantador, como siempre. Lo que nuestro amigo en común quiere decir es que puedes intentar resistirte, pero todos sabemos cómo va a terminar eso. Y si algo llegara a pasarte, ¿quién se ocuparía de salvar a tu clínica? No dejes que el árbol te tape el bosque, Baptiste. Lo único que tienes que hacer es cooperar y ayudarnos con un trabajo. Estoy seguro de que todo lo demás saldrá bien.

El brazo de Mauga le pesaba sobre el hombro. Probablemente, pesaba tanto como una persona de talla pequeña. No había forma de que Baptiste pudiera escapar por una de las salidas sin que Mauga alcanzara a derribarlo. Sentía que sus opciones se reducían como la mecha de un explosivo. Tenía que haber una forma de escapar, solo tenía que encontrarla.

—¿Cuál es el trabajo? —preguntó Baptiste.

Mauga sonrió maliciosamente. Baptiste conocía esa mirada: Mauga pensaba que lo había derrotado.

—Seguro conoces a Sainclair Pharmaceuticals. Es el proveedor de suministros de tu clínica, ¿verdad?
“Mi clínica y todas las demás instituciones médicas de Haití”, pensó Baptiste.

—Lo sería si alguien pudiese pagar lo que valen sus medicamentos —continuó Nguyen desde el otro lado. Le acercó uno de los vasos a Baptiste. Si uno fuera a preguntarle a cualquiera, tal gesto sería interpretado como un acto de cortesía. De parte de Nguyen, se sintió como una amenaza—. Es un enfoque a corto plazo. Cuando tienes un monopolio, controlas el mercado. Sin embargo, si aumentas demasiado los precios, nadie puede comprar tus productos.

Mauga alzó su vaso y brindó con ambos.

—Vernand Sainclair es un hombre malo, al igual que el resto de nosotros. La única diferencia es que últimamente se ha hecho un poco el tonto y no le paga a Talon lo que le debe. Está haciendo una fortuna robándole a tu gente y a la nuestra. Por eso, lo vamos a visitar para recordarle a quién le debe su éxito.

Roseline había dicho que necesitaba una varita mágica para hacer que Vernand Sainclair cambiara de opinión, y la clínica necesitaba medicamentos y suministros con urgencia. Baptiste no era una varita mágica, pero...

—Podríamos ir a visitarlo y presionarlo un poco —propuso lentamente.

Mauga sonrió nuevamente.

—Sabía que pensarías igual que yo. Se nos ocurrió que quizás escucharía más a alguien de la zona. Una cara conocida. Si haces las cosas bien, estoy seguro de que no tendrá problema en darle a tu clínica todo lo que necesitas.



Baptiste tomó un sorbo de ron y barajó sus opciones. No conocía personalmente a Sainclair, pero sabía que él también era de Port-de-Paix. Por una parte, podía convertirse en una oportunidad única para negociar todo lo que necesitaba la clínica. Por otra parte, conocía demasiado bien a Mauga y a Nguyen como para siquiera confiar en ellos.

Lo habían tomado por sorpresa: sabían dónde estaría; solo tuvieron que esperar a que llegara. También sabían sobre la clínica, así que, aún si lograba escapar, Roseline y los demás estarían en peligro. Sabía que podía llegar a derrotar a Nguyen en una pelea mano a mano, pero Mauga era como un demonio. Acabar con ambos a la vez era imposible.

Baptiste titubeó. Luego, levantó su vaso y lo chocó con el de Mauga, mientras sentía un nudo en el estómago.

—No veo que tenga muchas opciones. Pero si así van a ser las cosas, cuenten conmigo. ¿Cuál es el plan?

Nguyen le acercó un sobre en blanco.

—Los detalles están allí adentro. No lo abras hasta que llegues a un lugar seguro. Cuando termines de leerlo, quémalo —dijo Nguyen.

Cuando Baptiste extendió la mano para tomar el sobre, Nguyen lo sujetó con firmeza durante un instante. Se miraron fijamente.

—Yo no estuve de acuerdo en convocarte, Augustin. Le dije a Mauga que necesitábamos a alguien confiable, pero él insistió. Más te vale que no me hagas perder el tiempo. —Nguyen soltó el sobre y se acomodó en el asiento.

Baptiste se guardó el sobre en el bolsillo y archivó el comentario de Nguyen para analizarlo más tarde.

—¿Y qué ocurre después de la misión? —preguntó.

“¿Qué será de nosotros? ¿Qué será de todo esto?”, pensó.

Después de todo, la única forma de irse de Talon era en un ataúd.

Mauga sonrió mientras descansaba el peso de su brazo en el hombro de Baptiste.

—No te preocupes por eso, amigo —dijo Mauga. Hurgó en el bolsillo y dejó un fajo de dinero sobre el mostrador. No hacía falta que Baptiste lo contara para saber que alcanzaba para cubrir los gastos de los tragos de esa noche y, posiblemente, de toda la semana siguiente.

El analista salió primero, quien no tardó en levantarse de su asiento para desaparecer entre la oscuridad como una sombra. Mauga se detuvo en la entrada. Parecía una torre iluminada únicamente por una tenue luz naranja. Los mosquitos zumbaban entre los cables de luces que colgaban de las vigas del techo.

—Nos vemos mañana, bien temprano. Que sueñes con los angelitos —se despidió antes de desaparecer en la noche.



Todo estaba en llamas. Baptiste caminaba con dificultad entre el fuego mientras buscaba al enemigo. Apenas podía ver. El pueblo era una zona de guerra. Los soldados de Talon avanzaban entre el humo como espectros, apenas visibles por sus cascos rojos. Lo rodeaban casas incendiadas con el techo desplomado. Lo único que podía oír eran los disparos y los gritos de los civiles.

Al principio, la misión marchaba de acuerdo al plan. Descendieron de la nave y avanzaron hasta el escondite del Cartel de Playa con pocas dificultades. Sin embargo, cuando llegaron al refugio de Fernández, descubrieron que él no estaba allí.

El capitán Cuerva había dado la orden de localizar el objetivo a toda costa, incluso si eso significaba destruir casa por casa. Y eso hicieron: tumbaron las puertas y echaron a la gente a los gritos. Lo único que hallaron fueron civiles aterrados. En ese momento, Baptiste sintió que la misión había sido un rotundo fracaso. Lleno de frustración, salió de una casa para explorar la zona.

Fue entonces cuando la nave de Talon bajó en picada y abrió fuego sobre el pueblo.



OVERWATCH®

**AQUELLO QUE
DEJASTE ATRÁS**



Monte Cristi quedó hecho añicos tras el bombardeo. Baptiste recibió el impacto de la primera explosión y fue expulsado hacia el interior de la casa. El casco estaba destrozado, así que hizo un esfuerzo para quitárselo. Cuando pudo ponerse de pie, descubrió que la familia que vivía allí se encontraba atrapada bajo los escombros. Con dificultad, consiguió liberarlos y llevarlos hacia un lugar seguro, pero, en cuanto llegó a la calle, descubrió que todo el vecindario había desaparecido. Tal era su grado de asombro que ni siquiera alcanzó a darse cuenta de que la familia se había esfumado.

—¿Qué está pasando? —exclamó a través del auricular—. ¡Hay civiles atrapados en el fuego cruzado! La voz del capitán Cuerva se oyó del otro lado.

—Silencio, teniente Augustin.

—Pero señor...

—Tenemos que dar el ejemplo ante la escoria del Cartel de Playa. Si no nos quieren entregar a Fernández, tendrán que sufrir las consecuencias.

Justo en ese momento, Baptiste alcanzó a ver algo que brillaba. Sus compañeros de escuadrón estaban formando una pila de objetos saqueados en el medio de la calle. Había ropa amontonada y objetos de valor apilados uno sobre el otro. Las pertenencias y reliquias familiares de la gente habían sido metidas a la fuerza en cajas. Algunos de sus compañeros de escuadrón hurgaban entre los objetos y los reclamaban como propios. El soldado Doubleday juntaba joyas con las dos manos, mientras Mazzei le revoleaba monedas antiguas. Otro soldado, Pacanowsky, lanzaba puñados de billetes de dos mil pesos al aire, los cuales caían cual lluvia sobre el resto del escuadrón. Se reían como si les resultara divertido.

En el aire se sentía olor a quemado.

De pronto, Baptiste percibió un movimiento brusco hacia su derecha. Preparó el rifle y apuntó a aquello que había captado su atención. Resultaba difícil ver entre la humareda, pero alcanzó a distinguir una silueta pequeña que se aproximaba hacia él.

—¡Atrás! —exclamó avanzando entre las llamas.

La silueta se detuvo. Fue allí donde Baptiste vio que se trataba de una niña con un vestido rasgado. Lo miraba con ojos brillantes y llenos de ira mientras sostenía una piedra en la mano. Baptiste se vio reflejado en los ojos de la niña: un soldado desconocido que había destruido su hogar.

Baptiste retrocedió y apuntó el cañón de su rifle al suelo. Se dio vuelta y corrió entre el humo y los escombros, escapando de los gritos que lo perseguían.



Baptiste se despertó agitado y cubierto de sudor. Manoteó el teléfono, el cual por poco no cayó al suelo de su habitación de hotel. Los números brillantes de la pantalla marcaban las 04:03 de la mañana.

El sueño perduraba en su mente. Todavía podía sentir el olor de las casas incendiadas.

Sacó una caja de abajo de la cama y levantó la tapa. Adentro había una elegante armadura de combate blanca y una bufanda con una insignia de médico cosida. Sacó las botas y les pasó las manos por sus pesadas estructuras de metal. Cada bota estaba equipada con un exoesqueleto que le otorgaba mayor movilidad. Baptiste presionó ligeramente una bota para asegurarse de que todavía funcionaba. Las uniones emitieron un

suave pero firme silbido. Había pasado un tiempo desde que había utilizado este atuendo, pero el peso de la armadura le sentó bien sobre los hombros, casi como si se tratara de una extensión de su propio cuerpo.

Baptiste empacó el equipo rápidamente y se lo cargó al hombro. Antes de partir, sacó un encendedor. Quemó la punta de la carta y vio cómo la insignia de Talon de la esquina se retorció hasta arrugarse y convertirse en cenizas.



La mansión de Vernand Sainclair se encontraba ubicada en un bellissimo y frondoso terreno. Se trataba de una majestuosa construcción de tres pisos con techos puntiagudos, balcones elegantes y molduras ornamentadas. Para Baptiste, la victoriana edificación pintada de blanco parecía algo salido de un cuento de hadas bajo la luz del mediodía.

—¿Sabían que este lugar era un hotel histórico? —acotó Mauga mientras hojeaba una guía turística. Ocupaba toda la parte trasera del auto, con sus dos armas gigantes que yacían en el suelo delante de él. Su pesada armadura de combate de Talon repiqueteaba en el camino hacia el portón delantero. Ya no llevaba aquella horrible camisa estampada con loros, pero había decidido conservar los anteojos de sol—. Antes de eso, perteneció a una famosa familia de políticos, pero todos murieron de forma espantosa. Sin lugar a dudas, este sitio está embrujado.

—Concéntrate —alertó Nguyen. Llevaba puesto el mismo traje oscuro, el cual marcaba su silueta de forma impecable. Baptiste estaba sentado en el asiento de acompañante. Tenía puesta la armadura de combate blanca y llevaba el casco apoyado sobre las piernas—. Organicé una visita, así que Sainclair nos está esperando. Entramos, nos llevamos lo que queremos y nos vamos. Así de sencillo.

Baptiste lo miró de reojo.

—Es raro verte haciendo trabajo de campo —comentó.

—A veces, tienes que encargarte de las cosas tú mismo —respondió Nguyen. Se detuvo frente al portón y sostuvo una insignia delante de los sensores. Sonó un pitido y el portón crujió al abrirse.

Rumbo a la mansión, Baptiste notó que había algo extraño. El informe de Nguyen mencionaba que las fuerzas de seguridad de Vernand estaban compuestas en una parte por integrantes de Talon y en otra parte por contratistas militares privados. Sin embargo, no había ningún soldado de Talon a la vista. Nguyen iba adelante, junto al guía, mientras que Baptiste y Mauga permanecían detrás. Baptiste miró a Mauga, quien asintió levemente.

El guía abrió unas puertas pesadas, que revelaron hileras de estanterías con libros. Media docena de guardias armados esperaban adentro de la biblioteca, pero no había señales de Vernand Sainclair.

Rápido como un relámpago, Mauga se posicionó delante de Nguyen y activó un escudo de energía. Baptiste cubrió la retaguardia con el rifle en alto en cuanto las puertas se cerraron detrás de ellos. Los guardias alzaron sus armas, pero el primer disparo fue de Nguyen, quien fue tan rápido al desenfundar su arma de apoyo que ni siquiera Baptiste alcanzó a verlo. Un enemigo cayó sin siquiera emitir un sonido.

En respuesta, una lluvia de balas enemigas impactó contra el escudo de Mauga, el cual pudo resistir el aluvión. Baptiste incapacitó a los dos guardias que tenía más cerca con una serie de disparos hábiles. Se dio

vuelta e interceptó al tercero antes de que se escabullera alrededor del escudo. Nguyen le disparó a otro y después apuntó al último guardia que quedaba en pie.

—Espera, no lo mates —advirtió Mauga. Nguyen asintió y corrigió la posición de la muñeca. La bala atravesó la parte superior de la pierna del guardia, quien no tardó en dar un alarido y caer al suelo. Mauga desactivó el escudo y avanzó con pasos pesados hacia el guardia, a quien alzó contra una estantería. Una de sus manos gigantes le rodeaba el cuello y lo sostenía en el aire.

—Vaya comité de bienvenida —dijo Baptiste mientras bajaba el arma. El corazón le latía fuerte en el pecho. La biblioteca estaba hecha un desastre—. Déjame adivinar. Esto no formaba parte de tu plan perfecto, ¿verdad?

Nguyen enfundó su arma.

—Era una posibilidad —respondió impasible. Se lo veía muy fastidiado porque las cosas habían salido mal. Y eso generaba en Baptiste una oscura sensación de satisfacción—. Esperaba que no llegara a esto. Es probable que nuestras demás fuerzas estén muertas.

—Dime, ¿dónde está tu jefe? —preguntó Mauga al guardia que había inmovilizado contra la pared. El hombre estaba asfixiándose—. Ay, perdón, no te escuché. Te lo preguntaré de nuevo. —Le apretó la garganta con más fuerza.

Lo estaba disfrutando. Estos eran los momentos en los que se le caía la máscara de sujeto amistoso. Ahora Baptiste podía ver al asesino despiadado que permanecía oculto. Mauga era ambas cosas y, por ese motivo, mucho más peligroso. Solo una persona podía tranquilizarlo cuando entraba en ese estado, y esa persona era Baptiste.

Baptiste se acercó y apoyó el antebrazo contra la pared.

—Afloja un poco la mano. Creo que quiere decirnos algo —comentó. Su voz apaciguante se dirigía a Mauga. Siempre había logrado contenerlo con paciencia y palabras cuidadosas. Así y todo, habían pasado años y Mauga tenía más fuerza que nunca.

Mauga giró la cabeza para mirarlo, sus ojos ardían con violencia, su rostro no transmitía ninguna sensación de familiaridad o seguridad. Durante un momento, Baptiste sintió miedo de verdad. Por suerte, Mauga sonrió y relajó la mano. El guardia tomó grandes bocanadas de aire.

—Lo siento. Dime, amigo, ¿dónde está Sainclair? Lo queremos a él, no a ti.

—Su oficina... último piso —reveló el hombre con voz ronca.

—Gracias, amigo —agradeció alegremente Mauga mientras lo estrangulaba con fuerza. El hombre se desplomó sobre la alfombra.

—¿Por qué siempre están en el último piso? —se quejó Baptiste. Cuando él y Mauga eran compañeros de escuadrón, hacían misiones de este tipo todo el tiempo. Baptiste había vuelto a las viejas y conocidas rutinas, actuaba en función de la costumbre y la memoria muscular, mucho antes de que pudiera siquiera pensar en ello. Incluso durante el interrogatorio.

—Buen trabajo, Baptiste —reconoció Mauga mientras le daba una palmada en el hombro. Se lo veía orgulloso—. Es casi como si nunca te hubieras ido.

“Eso es lo que más me asusta”, pensó Baptiste mientras contemplaba a los enemigos desparramados por el suelo de la biblioteca. Echó un vistazo a su arma. Le había resultado demasiado fácil volver al viejo Baptiste. Había dedicado muchos años a abandonar sus viejos hábitos y ahora sentía que habían vuelto de un día para el otro con el doble de fuerza. ¿Era obra de la influencia de Mauga o se trataba de algo propio que ni él mismo podía aplacar?

Nguyen sacó una delgada tableta digital y proyectó un plano holográfico de la mansión. —Tendremos que pelear para abrirnos camino. Por suerte, el camino hacia arriba es directo. Solo hay que subir por las escaleras principales.

—¿No hay otra alternativa? —preguntó Baptiste mientras examinaba el plano.

—No vine hasta aquí para andar trepando balcones —advirtió Nguyen—. Ellos ya saben que estamos aquí. Tenemos que avanzar con agilidad y determinación. Utilicen todas las protecciones que puedan y no corran riesgos innecesarios.

—¿Lo dices por mí? ¡Jamás haría una cosa semejante! —contestó Mauga mientras desenfundaba las armas gigantescas que llevaba en la espalda.

Baptiste estudió el plano en busca de algo que le llamara la atención. Un pasadizo secreto, una puerta oculta... No encontró nada sospechoso, pero eso no quería decir que no existiese.

Las personas como Vernand Sainclair siempre tenían una vía de escape preparada.

—¿Qué sucede, Baptiste? —le preguntó Mauga mirándolo a los ojos—. ¿Encontraste algo?

Baptiste alejó la mirada del plano y se encogió de hombros.

—Nada interesante —respondió—. Deberíamos ponernos en marcha antes de que lleguen los refuerzos.

—Excelente —dijo Nguyen mientras caminaba por encima de los cadáveres de la alfombra.



Subieron por la escalera principal abriéndose paso entre disparos. Pasaron delante de columnas decoradas y estatuas con piedras importadas. Las balas destrozaban los barandales labrados. A medida que avanzaban, el escudo de Mauga los protegía. Baptiste y Mauga se movían de manera sincronizada, con la facilidad característica de aquellos soldados que estaban acostumbrados a combatir juntos. Habían pasado años, pero se sentían tan cómodos en sus movimientos como peces en el agua.

—Te extrañé, ¿sabes? —le recriminó Mauga entre el rugido de las balas. Estaba disfrutando cada segundo de la batalla. Se sentía embriagado por la adrenalina. Y Baptiste podía sentir que ese mismo impulso le corría por las venas—. Todos esos años que estuviste huyendo, cuando podríamos haber estado haciendo esto. Sé honesto conmigo y dime si no lo extrañabas también.

¿Lo extrañaba realmente? Más de lo que estaba dispuesto a admitir. Si bien había pasado muchos años huyendo, ahora lo acompañaba una sensación placentera: ya no formaba parte de Talon, pero seguía teniendo un lugar al que pertenecía, con un equipo confiable a su lado. Todo eso lo había encontrado en la Caribbean Coalition y, más adelante, con Mauga y su escuadrón. Cuidar a la gente era su razón de ser, lo hacía sentirse pleno.

Pero Talon era diferente. Lo que le pedían que haga le carcomía el alma. Después de todo, se había marchado por un motivo y no podía olvidarlo.

—¡Cuidado atrás! —exclamó mientras derribaba a un mercenario que estaba a punto de dispararle a Mauga.

—¡Ese es tu trabajo! —exclamó Mauga. Su arma abrió camino entre los guardias que se apiñaban en la cima de la escalera y se agachaban para buscar un sitio a cubierto. Estaba en su salsa, le gustaba ser salvaje y desenfrenado. Siempre se había comportado así en las misiones. Era un huracán en persona.

—Contigo cubriéndome la espalda, podemos lograr lo que sea —le había confesado a Baptiste una vez—. Eres el mejor médico de Talon. Mantenme con vida y te protegeré. Nadie podrá detenernos.

La oficina de Sainclair se encontraba al final de un largo pasillo en el tercer piso. En las paredes colgaban retratos enormes que los observaban fijamente. El empapelado era espantoso.

Baptiste avanzó silenciosamente y le hizo un gesto a Mauga con la cabeza. Nguyen permaneció cerca de la pared opuesta. Mauga sonrió con complicidad y abrió la puerta embistiéndola con el hombro.

La oficina estaba repleta de símbolos de opulencia, al igual que el resto de la casa. En el techo había una enorme claraboya con vitrales que esbozaba formas de colores sobre la alfombra. Detrás de su escritorio se encontraba Vernand Sainclair, quien intentaba sostener un revólver con sus temblorosas manos. Era un hombre apuesto vestido con un traje bordó oscuro y cubierto de joyas de oro. La palidez y transpiración que invadían su rostro arruinaban su apariencia pomposa.

—Sé por qué están aquí —anunció con voz firme—. Esto no es lo que parece, les juro que soy fiel a Talon.

—Todo este lío y al final estaba de nuestro lado —bromeó Mauga mientras tomaba una de sus armas gigantes y activaba el escudo. Nuevamente, volvió a esbozar una enorme y peligrosa sonrisa.

Sainclair tiró del gatillo dos veces. Las balas se desviaron al rebotar contra el escudo e hicieron añicos los paneles de los ventanales franceses con vista al jardín.

Baptiste detuvo la mirada en los ventanales y después se dirigió a Sainclair.

—Eso fue una mala idea —le informó negando la cabeza.

Nguyen avanzó sigilosamente mientras Mauga lo cubría con el escudo.

—Nos tendiste una trampa. Aniquilaste a las fuerzas que enviamos aquí para tu protección —gruñó. Nguyen le quitó el arma a Sainclair de un manotazo y la apoyó dándole un golpe al escritorio—. Hasta me tomé la molestia de organizar una visita. Y encima te tomas el atrevimiento de seguir causándonos molestias. Dame una buena razón para que no te ponga una bala en la cabeza en este mismo instante.

—¡Tengo información que necesitas! —se defendió Sainclair, casi vomitando las palabras de la boca—. No dispares. Solo quiero mostrarte la información que tengo en esta tableta digital —baluceó antes de alcanzar una tableta digital que se encontraba apoyada sobre el escritorio.

Baptiste siguió los movimientos de Sainclair con la mirada mientras lo apuntaba con su arma. Sainclair miró el revólver una vez, pero no se atrevió a quitárselo a Nguyen. En su lugar, activó la tableta digital y abrió un archivo. Al abrirlo, apareció un holograma dorado de la Tierra que rotaba lentamente en el aire. Luego, comenzaron a brillar unos puntos de luz en distintas partes del globo terráqueo. A medida que la Tierra giraba, aparecían retratos sobre los puntos de luz.

Baptiste no tardó en reconocer las imágenes. No eran retratos. Eran expedientes.

Se oyó salir una voz extraña del dispositivo. “Agentes, Overwatch los necesita. El mundo nos necesita ahora más que nunca. ¿Están conmigo?”

—Recibí este mensaje hace tres días —reveló Sainclair. El holograma iluminaba su rostro con una luz dorada—. Es un llamado que se envió a todos los exagentes de Overwatch. Alguien está intentando reconstruir la organización.

—¿Tú formaste parte de Overwatch? —preguntó atónito Baptiste. Nunca había tenido la oportunidad de conocer a un integrante. Todos los sueños que había tenido de adolescente, el afiche de reclutamiento que había colgado sobre su cama en el orfanato, la esperanza secreta de que, en algún momento, de algún modo, Overwatch viniera para solucionar todo. Y ahora uno de los héroes de su infancia se encontraba frente a él, un hombre que estaba dispuesto a presionar a su país a cambio de dinero y a traicionar a su organización para salvarse el pellejo.

—Nunca estuve en el frente de combate. Estaba a cargo de la logística, como tú —dijo Sainclair señalando a Nguyen con la cabeza—. Overwatch nunca valoró mis aportes. La organización estaba condenada desde el principio. Cuanto más tiempo pasaba allí, más podía ver cómo se iba pudriendo desde su interior.

—¿Entonces no tuviste mejor idea que contribuir a su decadencia? —le recriminó Baptiste. Ninguna organización era perfecta, él lo sabía por experiencia propia. Sin embargo, se suponía que Overwatch debía representar algo mejor: una visión de un mundo posible más que una representación del mundo actual.

Sainclair lo miró con desdén.

—No creo que un agente de Talon tenga la autoridad moral para juzgarme. Al menos, Talon reconoció mi valor. Para cuando Naciones Unidas disolvió a Overwatch, yo ya le había entregado a Talon información suficiente para mantenerse ocupado durante años, y me han recompensado generosamente por ello.

Mauga le lanzó una mirada cómplice a Baptiste. ¿Acaso no se habían unido a Talon por el dinero? ¿O era porque no tenían adónde ir?

Pero Sainclair era diferente. Él había tenido opciones. Y eligió quedarse de brazos cruzados cuando Overwatch lo necesitaba. Sainclair hizo un gesto a su ostentosa oficina.

—Trabajar para Talon me dio algo que Overwatch nunca pudo darme. Y ahora tengo información exclusiva para ofrecerles.

Nguyen extendió la mano y giró el globo terráqueo. Los nombres de los agentes de Overwatch y su información personal parpadeaban en el aire a medida que iba rotando.

—Te olvidas de un pequeño detalle —advirtió Nguyen mientras observaba los rostros de los agentes—. Das por sentado que no tenemos acceso a esta información o que eres el único exagente de Overwatch con el cual trabajamos.

Sainclair se puso pálido.

—Ya no queda gente buena en este mundo —suspiró Mauga mientras desenfundaba su segunda arma—. ¿Qué te dije, Baptiste?

Mauga ya le había dicho eso en otra oportunidad. Quizás, solo quizás, tenía razón.

Sainclair retrocedió un paso y se tropezó con la silla del escritorio. Mauga miró a Baptiste con una sonrisa traviesa de lado a lado.

—Muy bien. ¿Quién quiere hacer los honores? ¿Qué tal tú, amigo? Demuéstrale a Nguyen que no me equivoqué al convocarte.

Nguyen arqueó una ceja en dirección a Baptiste. Lo estaba observando. Todos lo observaban. Esperaban a ver qué haría.

Baptiste caminó hacia Sainclair y se ubicó detrás del escritorio.

—Sé cuál es tu merecido —dijo en voz baja al alzar su rifle. Podía ver el rostro desesperado de Sainclair a través de la mira, pero por más que suplicara, sus plegarias caerían en oídos sordos.

Con tan solo un disparo, muchos males se corregirían. Sainclair había causado muchísimo daño y se había negado a ayudar a muchas personas necesitadas. Por su culpa la clínica tenía dificultades para abastecerse de medicamentos y los vecinos sufrían por no tener acceso a tratamientos. Pero ¿un disparo en la cabeza de Sainclair solucionaría todo eso? Baptiste nunca había podido asesinar a una persona a sangre fría, incluso cuando era miembro de Talon. Sería un paso hacia la vida que había jurado abandonar. Sería un paso hacia un camino sin retorno.

Y Baptiste no estaba dispuesto a dar ese paso.

La mano de Baptiste se acercó a la granada cegadora que le colgaba del cinturón. En un instante, los ojos de Nguyen se llenaron de sorpresa al descubrir lo que estaba a punto de suceder. Baptiste lanzó la granada al suelo y un cegador destello de luz inundó la sala acompañado por una explosión aturdidora. Cualquier sonido que pudieran haber emitido Nguyen o Mauga quedó eclipsado por la explosión.

Baptiste tomó la tableta digital del escritorio con una mano y se la guardó en la chaqueta. Tomó a Sainclair por la cintura, ignorando el grito sobresaltado del hombre.

—Agárrate fuerte —le indicó Baptiste y activó los exoesqueletos de sus botas. Las botas hicieron un ruido y los impulsaron hacia arriba cuando Baptiste saltó en dirección a la claraboya con vitrales. Levantó el brazo para protegerse la cara.

Se oyó un disparo. De pronto, sintió un dolor punzante en el brazo izquierdo. Casi se le escapa Sainclair. No tuvo que mirar para saber quién era el responsable de ese disparo. Tenía suerte de haber sobrevivido. Juntos, Baptiste y Sainclair atravesaron la claraboya. Aterrizaron en el techo bajo una lluvia de coloridos vidrios rotos. El impacto los hizo rodar por las tejas. Desde allí, la frondosa arboleda que había detrás de la mansión de Sainclair se extendía como sus esperanzas.

No era el momento para descansar. Baptiste sujetó a Sainclair con más fuerza y saltó desde el techo en dirección a los árboles. Un segundo más tarde, el techo estalló en pedazos tras una ráfaga de balas. Baptiste cayó entre los árboles, donde las ramas fueron amortiguando su descenso. Sainclair empezó a exigir algo, pero Baptiste le tapó la boca con la mano.

—Ni una palabra —susurró. Cuando Sainclair asintió con los ojos bien abiertos, Baptiste aprovechó la oportunidad para mirar hacia atrás.

Mauga se encontraba junto al ventanal, desde donde examinaba la arboleda con la mirada. Todos los paneles de vidrio habían estallado en pedazos, cortesía de las balas de sus enormes armas. —Baptiste —lo

llamó—, amigo, solo quiero hablar contigo. Sus ojos se posaron brevemente sobre el espacio verde que protegía a Baptiste, quien solo pudo contener la respiración. Fue el momento más largo de su vida.

Nguyen se acercó diciendo algo a los gritos que Baptiste no alcanzó a interpretar. Se lo veía muy enojado y fastidiado. Se miraron fijamente durante un instante y, luego, Nguyen enfundó su revólver y desapareció.

—Lo único que lograrás es empeorar las cosas —advirtió Mauga desde el ventanal. Cuando se alejó del ventanal, Baptiste escapó entre la maleza, con Sainclair que lo seguía detrás.



Cuatro años atrás:

A Baptiste le dolían los pulmones por respirar tanto humo. Se agachó para acercarse al borde de un barco pesquero y quitarle las amarras. El muelle estaba en silencio, pero el anaranjado resplandor de las llamas a lo lejos se reflejaba sobre el agua.

—No me digas que ya te vas —anunció una voz conocida que dejó a Baptiste paralizado—. La fiesta está recién comenzando.

Del otro lado del muelle se encontraba Mauga, quien lo miraba sin el casco puesto. Su armadura estaba chamuscada y llena de marcas de balas. Tenía el rostro cubierto de hollín, pero eso no alcanzaba a ocultar su enorme y blanca sonrisa. Sus armas apuntaban a Baptiste. En el fondo, Monte Cristi ardía.

Baptiste se puso de pie lentamente y con cuidado.

—No voy a volver allí —respondió—. Cuerva dijo que no habría bajas civiles.

Mauga negó con la cabeza.

—¿Y tú fuiste tan ingenuo de creerle? Mira a tu alrededor, Baptiste. Así es nuestro trabajo. —Extendió los brazos—. ¿Te acuerdas de Makati? ¿Qué tal de aquella vez en Singapur? ¿O acaso te has “olvidado” del resultado de aquellas misiones también?

—Cuerva nos dijo que esas misiones tenían fines honestos y legítimos —respondió débilmente Baptiste. Sabía la verdad, incluso en aquel entonces. Tan solo no quería creerla. Por la expresión en el rostro de Mauga, parecía que él también lo sabía.

—Por supuesto que dijo eso. Y por supuesto que no tenían fines honestos ni legítimos. ¿Pero a quién le importa? Ya no podemos dar vuelta atrás, Baptiste. Durante un instante, se le cayó la máscara. Eran solo ellos dos, sin espectadores, enfrentados junto al agua. Cuando tomó la palabra, reinaba el silencio.

—No existe la gente buena. Ni tú ni yo lo somos. Lo único que nos queda es divertirnos mientras podamos.

Nada de esto le resultaba divertido. Las masacres, los saqueos, nada. Lo único que sentía Baptiste era una nauseabunda sensación de terror.

Mauga caminó por el muelle y se acercó a él. Baptiste alzó su arma y le apuntó a Mauga, quien se detuvo en seco.

—No voy a volver allí —reiteró—. Primero tendrás que matarme.

Ninguno de los dos abrió la boca. Durante un largo rato, lo único que se escuchó fue el crujido de las olas y el tenue crepitar de las llamas. El auricular de Baptiste zumbó y, por la forma en la que Mauga inclinó la cabeza, parecía estar escuchando el mismo mensaje.

—¡Teniente Augustin, responde! —exclamó el capitán Cuerva—. Mauga, ¿pudiste encontrarlo?

El corazón de Baptiste latía como un martillo. Incluso si era el primero en disparar (y no tenía intenciones de hacerlo porque no quería lastimar a Mauga), no podía derrotar al resto de su escuadrón. Si Mauga lo entregaba, estaba perdida. Daba lo mismo estar muerto.

Mauga miró fijamente a Baptiste durante un rato. Finalmente, se tocó el auricular.

—No hay señales de él por aquí, capitán —dijo arrastrando las palabras—. Regresaré con los demás. Cambio.

—Entendido —dijo Cuerva y la transmisión quedó en silencio.

Mauga bajó las armas.

—Sé que no vas a dispararme, Baptiste —dijo Mauga—. Ya puedes bajar el rifle.

Baptiste no bajó el arma.

—¿Por qué hiciste eso? —le preguntó.

Mauga se encogió de hombros.

—Me agradas, Baptiste. Tienes algo especial. Además, no tenía ganas de andar arrastrándote todo el camino de vuelta porque eres un tipo pesada. —Luego, se estiró—. Será mejor que te pongas en marcha. Solo recuerda lo siguiente: me debes una. Llámame cuando estés listo para volver a casa.

Baptiste retrocedió sin perder de vista a Mauga. Fiel a su palabra, el hombre no se movió para detenerlo.

—Gracias —murmulló. No estaba seguro de si Mauga lo había escuchado, pero tampoco tenía intenciones de quedarse para saberlo. Encendió el motor y se alejó del muelle, desde donde Mauga lo observaba.



Para cuando Baptiste llegó al puerto, ya se había quitado de encima a sus perseguidores. Las fuerzas de seguridad de Sainclair no conocían la ciudad como él, como así tampoco Mauga o Nguyen. Por lo menos,

Sainclair había dejado de llevarle la contra cuando descubrió que Baptiste era su mejor oportunidad para salir de la situación con vida.

Baptiste entró en sigilo a un depósito, mientras Sainclair lo seguía torpemente desde atrás. A Baptiste le dolía el hombro en el que Nguyen le había disparado. Utilizó su bufanda para hacerse un vendaje improvisado alrededor de la herida. Baptiste avanzó entre las cajas de café y mangos hasta que llegó a un barril azul que se encontraba en la parte trasera. Levantó la tapa y recogió el bolso que había guardado allí esa misma mañana, horas antes de encontrarse con Mauga y Nguyen.

Dejó oculto detrás de unos enormes contenedores de embarque a Sainclair, quien se aferraba a una botella de agua.

—Te haré un trato —dijo Baptiste con el pie apoyado sobre una caja cercana—. Voy a llamar a alguien para que venga a buscarte en unas horas, una vez que todo esto haya terminado. Esa persona te ayudará a salir de la ciudad. A cambio de eso, tendrás que abastecer a todas las clínicas del país con lo que necesiten de forma gratuita. ¿Qué te parece?

Sainclair estaba pálido. No parecía entender nada de lo que le decía Baptiste. “Un encuentro cercano con la muerte puede provocar eso en las personas”, pensó Baptiste.

Baptiste chasqueó los dedos delante de Sainclair. El hombre se estremeció.

—Oye, ¿me escuchas?

Sainclair recuperó la voz.

—Lo que tú digas. Solo sácame de aquí con vida.

Baptiste se encogió de hombros.

—Eso depende de ti. Quiero creer que eres un hombre de palabra. Sin embargo, si no cumples con tu parte del trato, no dudaré en decirle a Talon dónde puede encontrarte.

Cuando Baptiste se dio la vuelta para irse, Sainclair alzó la voz.

—¿Por qué no me mataste en la oficina? —le preguntó.

Baptiste hizo una pausa.

—Porque no lo vales —le respondió antes de salir del depósito.

En el puerto había una serie de barcos de pesca comerciales. Se mecían suavemente con el movimiento de las olas. Había cajas de cargamento apiladas cerca, listas para ser transportadas. Baptiste se dirigió en línea recta a los barcos privados y escogió uno que se encontraba al final de una hilera de estaciones de carga de energía de fusión. Los botes levitaban apenas sobre el agua y emitían un zumbido grave.

—Creo que ya he visto esta película —dijo una voz detrás de él. Era Mauga, quien caminaba por el muelle mientras la luz del sol se reflejaba en su armadura. Sostenía sus armas como si no le pesaran. Su voz se había vuelto amenazante, algo que Baptiste le atribuía a la descarga de adrenalina posterior al combate—. Ya te dejé ir una vez, Baptiste. Sabes bien que no puedo hacerlo dos veces.

Baptiste lo miró con detenimiento. Una energía inaplacable le brotaba del cuerpo.

—¿Dónde está Nguyen?

Mauga se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Probablemente siga en la mansión, encargándose de todo el desorden. Seguro está decepcionado con todos, para variar. Siempre le digo lo mismo, si sigue así, le va a quedar la cara fruncida para siempre. —Levantó el arma y Baptiste se lanzó a cubierto. Las balas rociaron el cemento y destrozaron las cajas que había cerca. Comenzaron a caerse mangos, los cuales estallaron junto a Baptiste mientras él permanecía agachado detrás de un contenedor de embarque.

Baptiste sujetó el rifle con firmeza. Mauga ya no bromeaba.

—¡Pensé que querías llevarme a Talon de vuelta con vida! —exclamó.

—Sigo queriéndolo —respondió Mauga. La llama se había encendido nuevamente en su voz bajo la misma promesa de violencia—. Pero creo que necesitas una técnica de persuasión más agresiva. Todavía podemos hacer las cosas de la forma correcta.

—Nunca creí que te escucharía decir eso —contestó Baptiste. Atinó a echar un vistazo desde atrás del contenedor de embarque. Otra lluvia de balas volvió a perseguirlo. El corazón le martillaba el pecho mientras contaba la munición que le quedaba. Menos de lo que tenía Mauga, aparentemente.

—Por cierto, me enteré de lo que le ocurrió al capitán Cuerva y a los muchachos. Es una verdadera lástima —comentó Mauga. Sus pesados pasos hacían eco mientras se acercaba por el muelle.

Su antiguo escuadrón había cometido el error de ir tras Baptiste uno por uno. Había dejado a Cuerva para el final.

—¿Tú crees? —jadeó Baptiste, quien estaba apoyado contra el contenedor.

Se oyó un fuerte sonido metálico mientras Mauga recargaba sus armas insertándoles un nuevo cinturón de balas.

—A decir verdad, nunca me cayeron bien.

Baptiste exclamó cuando llegó otra ráfaga de balas que despedazó el cemento cercano. Los proyectiles rebotaban en el suelo a su alrededor. Desde allí, no había manera de llegar hasta un bote. Se le estaba acabando el tiempo, las fuerzas de Sainclair llegarían en cualquier momento.

Sintió que tenía un objeto redondo y plano clavado en la espalda. Dio vuelta el bolso para colocárselo sobre el hombro. Espera. Lo abrió y comenzó a escarbar hasta que encontró un dispositivo con forma de disco. Se trataba de algo en lo cual había estado trabajando durante meses. Todavía era tan solo un prototipo, pero quizás...

—¡No dispires! —exclamó Baptiste—. ¡Voy a salir! —Extendió los brazos en el aire y contuvo la respiración. Tras la declaración de rendición, la balacera se detuvo, así que comenzó a asomarse desde atrás del contenedor de embarque.

Mauga lo esperaba a unos metros de distancia. Llevaba puestos los anteojos de sol. Sus armas todavía apuntaban directo a Baptiste. La brisa del mar le soplaba el cabello y se le volvió a formar su característica sonrisa gigante.

—¿Al fin entraste en razón, amigo?

—No exactamente —dijo Baptiste manoteando el rifle desde atrás del contenedor. Lanzó el disco al aire y vació el cargador sobre la estación de carga de energía de fusión que se encontraba al lado de Mauga.

La explosión sacudió todo el lugar. La mitad del muelle voló por los aires. Llovían pedazos de cemento sobre la bahía. Algunos aterrizaron sobre las cubiertas de los barcos cercanos, lo que los hizo volcar. En las alturas, las gaviotas se dispersaban entre chillidos.

Para cuando se despejó el humo, Mauga había desaparecido. Baptiste yacía en uno de los extremos del muelle. Le dolía todo el cuerpo, pero estaba vivo. El dispositivo zumbaba en el aire y emitía un campo de energía protector que lo rodeaba. Era lo único que lo había salvado de la muerte.

—Me alegra saber que funciona —dijo corto de aire mientras presionaba un botón en la parte superior. El dispositivo se apagó y el anillo de energía se disipó. Recogió el disco y fue rengueando hacia una de las embarcaciones restantes. Encontró un yate de lujo amarrado hacia el final del muelle. Llevaba la inscripción El Sainclair pintada en letras remarcadas y fluidas a lo largo de la popa.

Le resultó fácil cortar las amarras y tirar del cable de carga. Aún más fácil fue hacerle un puente al motor. Cuando Baptiste tomó el volante, miró hacia atrás. El puerto estaba vacío. Ni Mauga ni las tropas mercenarias se encontraban a la vista.

—Al fin y al cabo, ni quería vacaciones —rezongó. El yate se alejó del muelle y zarpó rumbo al océano bajo su dirección.



Baptiste ya llevaba una hora de viaje desde que había partido de Port-de-Paix cuando al fin se permitió relajarse. El motor del yate zumbaba mientras la embarcación surcaba las aguas. El océano se extendía en las cuatro direcciones y se proyectaba como un interminable manto azul. La brisa del mar olía a libertad.

Se quitó la armadura de combate y sacó un botiquín del bolso. Estaba malherido, pero sobreviviría.

—Parece que no he perdido el toque —se dijo a sí mismo mientras buscaba hilo de sutura en el botiquín—. Tal como aquella vez en Makati.

Mientras saqueaba el refrigerador del yate de Sainclair, sintió la vibración de su teléfono. Sorprendido, fue a revisarlo y descubrió que tenía señal. Baptiste se sentó con el teléfono en la mano e intentó buscar las palabras adecuadas para escribir un mensaje a Roseline. Pronto descubriría lo que sucedió con Sainclair, si no es que ya se había enterado. Había tantas cosas que quería decirle, pero eso solo la pondría en peligro. Talon revisaría su correspondencia para poder rastrearlo. No podía decirle cuándo iba a volver o a dónde se dirigía.

Finalmente, escribió un mensaje y se lo envió.

Oye, Ros. Dejé a Sainclair en un depósito del puerto. Prometió abastecer a la clínica de forma gratuita a cambio de un boleto de avión para salir de la ciudad. Envía a alguien para hacer el intercambio. Si te causa problemas, recuérdale que hicimos un trato.

Baptiste titubeó durante un instante, pero decidió enviarle un mensaje más.

Ten cuidado, ¿de acuerdo?

Con suerte, Talon no iría tras ella o los demás. Baptiste trató de no pensar en los recuerdos de Monte Cristi en llamas. No, esta vez era más factible que tuvieran la clínica bajo vigilancia y le tendieran una trampa con la esperanza de que volviera de visita. Pasaría mucho tiempo hasta que el lugar fuera seguro para volver.

Baptiste pensó en Mauga y el muelle destruido por la explosión. No había rastros de él, pero, conociendo a Mauga, probablemente seguía con vida. Quizás no era lo más prudente, pero Baptiste esperaba que así fuera.

Baptiste encendió la tableta digital de Sainclair y el globo terráqueo holográfico emergió junto con los perfiles de los agentes de Overwatch. Podía ver sus nombres verdaderos, sus alias y su información personal. Fue dando vuelta el globo terráqueo con el dedo mientras leía los informes. Al llegar a Medio Oriente, vio un rostro conocido, era una mujer rubia que había conocido en un emplazamiento de ayuda humanitaria en Venezuela. Habían trabajado juntos durante casi una semana antes de que tuviera que partir. Había algo en su serio pero apacible comportamiento que transmitía cierta confianza y le recordaba a Roseline. Su informe de Overwatch indicaba lo siguiente: MERCY. ID de agente: 3945_46. Nombre real: Dra. Angela Ziegler. Estado: Inactivo.

Recordaba a Mercy de los afiches de reclutamiento. Sin embargo, la agente de Overwatch que se elevaba sobre el campo de batalla con alas doradas lucía muy diferente a la doctora Ziegler. La recordaba empapada de sudor mientras realizaba un triaje rodeada de gente sufriendo en medio de una clínica improvisada con carpas. Si era una exagente de Overwatch, seguramente había recibido el llamado también.

Baptiste tocó el punto brillante que marcaba su última posición conocida en el mapa. Había pensado que Overwatch ya no existía, pero quizás todavía quedaban esperanzas. Si Talon iba a ir tras la doctora Ziegler, ella tenía derecho a saberlo. Primero, iba a necesitar ayuda para rastrearla. Por suerte, conocía a la persona indicada a la cual recurrir.

Baptiste abrió una aplicación encriptada en su teléfono, ingresó la contraseña y presionó el botón de llamada en la parte inferior de la pantalla. El teléfono no llegó a sonar más de dos veces cuando se oyó una voz conocida del otro lado del altavoz.

—Hola, mijo. Hace mucho que no me llamas.

—Hola, Sombra —dijo mirando el perfil de la doctora Ziegler—. ¿Podrás hacerme un favor?

+

FIN







BILZZARD[®]
ENTERTAINMENT